

La Vega y la Isla, 2

Por ANDRÉS MARTÍNEZ ORIA

Noviembre. Día espléndido, mientras luce el sol. Luego hay que aguantar la helada. Desde el puente del ferrocarril abandonado, entre Castrillo y Valderrey, la vega se ensancha aguas abajo, ensimismada en estos días de otoño, temerosa de lo que queda aún por delante. Del gran arco vacío, sale el corverío espantadizo y va a posarse a los lados de la carretera, a la espera de carroña. La Sequeda a un lado, la Vega al otro. Cuatro o cinco abetos perdidos en el encinar hablan aún de Villa Odila, tantas huellas de poesía honda, junto a la estación de Valderrey. Leopoldo Panero. Que me digan por qué se arrumbaron los últimos vestigios. El palomar, la casa, los recuerdos. Castrillo. Olor a majada, a remolacha recién sacada, a estiércol humeante. Las dos encinas de la entrada. El vuelo descuadrado de las pegas. Hay una calma deslumbrante en el sol de noviembre. Las cosas exhalan el olor del tiempo breve. Del mosto que borbotea en los lagares. De la manzana y de la uva entre la paja de la talamera. Un recuerdo lejano de flor de lúpulo en alguna esquina olvidada. Carral. Villar. El trigo apuntando entre maizales secos. El ronroneo de los tractores. San Feliz. Posadilla. En el puente, una pareja de verderones revoloteando junto al agua. Verdes y amarillos. Vivos como el aire. Viejos al sol, en las plazuelas desiertas. Pasa un perrazo grande, pardo, se detiene un instante en una esquina, olisquea, levanta la pata y se pierde apático por una calleja. Para qué ladrar, si hay una luz sedante posada en las cosas. El Tuerto fluye solitario y tranquilo. Ajeno a todas las soledades. Nuestras vidas son los ríos..., quién no lo sabe, que van a dar en la mar. Río silencioso. Agua que pasa. En alguna puerta hay un aviso clavado que nadie lee. A la tarde, hay reposo vuelto hacia adentro. La vida vuelta hacia adentro. Un cielo de azulete, para pintarlo en un cuadro sólo vega y cielo. Río y casas entre los chopos deshojados. Molinos sin molienda entre las ramas yertas. Hay algo en las plazas de estos pueblos adustos que invita a la meditación.

Tenemos agua y suelo pero no tenemos el cielo, oí no hace mucho en La Cepeda. Honda sabiduría, la de la evidencia. No hay otra. La necesidad hace a la gente reconcentrada y sabia. Ciencia de lo breve y elemental. Lo demás es pura pose. Adorno vano. Tenemos el río, es cierto, aunque no demasiado abundante, y la vega, aquí arriba estrecha y alongada, tan escurridiza y avara que éstas han sido, de antiguo, tierras de emigración. Pero lo peor es el cielo. El tiempo. Qué se puede esperar de un clima que pasa del breve infierno al largo invierno sin aviso. A traición. Agua y suelo. Eso sí. Vega. Palabra hermosa y antigua. Tanto como esta tierra. Los romanos tuvieron que aprenderla. Ibaiko es “ribera” en la lengua vasca. En los siglos X y XI teníamos *baica* y *vaiga*. En San Román oía a mi abuelo decir “veiga”. Qué bien sonaba al oído. En leonés es donde el vocablo aparece con mayor densidad, aunque también se decía en Castilla. Era raro, sin embargo, en el sur y en Aragón. Aunque también está la Vega de Granada. Por ejemplo. Vega. Campo baxo, llano y húmedo, según Covarrubias. Es decir, irrigable, fértil. Pero aquí arriba, donde el río se está haciendo, qué *husmia*. Por eso los pueblos se arraciman en las laderas, para no ocupar una pizca de terreno bajo. Villamejil, Cogorderos, Quintana, Fontoria, La Carrera no se atreven a llamarse aún de la Vega. Qué vega es ésta que no es capaz de retener a los hijos. También huyen de las bajeras San Román y San Justo

que, ahora ya sí, son de la Vega porque aquí ensancha y promete. Por San Félix y Villanera, se hace ya un mar verde que da gusto ver allá por San Pedro y San Pablo. Y más abajo, qué tierra. Santibáñez, Santa María. Algún día habrá que hablar de islas y de ínsulas baratarias. Que no otra cosa fue la soñada ínsula Barataria que una isla de río, como ésta. Una isla del Ebro. Isla del Ebro o isla del Tuerto, qué más da para situar los sueños.

- Buen agua y buena tierra, señor.
- Pero el cielo, amigo Sancho, el cielo... Si estas tierras y esta agua tuvieran el cielo de Argamasilla...
- Ya, pero es así. Qué le vamos a hacer.
- Pero el cielo se puede variar, Sanchuelo, amigo.
- Bien sabe vuestra merced que eso no está de nuestra mano.
- Si está, Sancho incrédulo, que se puede poner un cielo de plástico.
- Un cielo de plástico, qué ingenioso sois, señor.
- Un cielo de plástico como en Almería, Sancho, simple. Flores y hortalizas todo el año. Una cosecha y otra. Un paraíso, sin miedo a la escarcha.
- Ya, pero eso...
- Claro, amigo, eso precisa cambiar algunas cosas. Sobre todo, la mentalidad.
- Y resultaría laborioso. Precisaría mano de obra.
- Ahí está el quid, Sancho incrédulo. Gente dispuesta a quedarse. ¿Te das cuenta? Fijar la población. Ver otra vez las calles llenas de niños. Las escuelas abiertas. Los jóvenes aquí, sin pensar en irse.
- Y desembolso, qué. Estáis hablando de una reconversión, señor.
- De una reconversión a fondo, ya lo sé. Por eso no deja de ser un sueño, amigo Sancho.
- Ya voy viendo, señor, por dónde vais.

Lástima de tierra. Pueblos desiertos en cuanto cae la tarde. La gente atrincherada en las cocinas. Huyendo del frío. Atisbando, si acaso, desde la ventana. Los viejos caserones de tapial y madera sustituidos poco a poco por casas de ladrillo y hormigón, habitables y modernas, eso sí, pero se van perdiendo las raíces.

En estos pueblos de no abundante patrimonio artístico, Sancho amigo, que no todos disponen de una iglesia con el artesonado prodigioso de Santa Colomba, salvar alguna casa terriza, que las hay, y hermosas, y convertirla en museo etnográfico, un decir, no sería mal logro pensando en el futuro. Conservar los últimos restos de esa arquitectura de tierra, sabia y eficaz, y guardar las viejas herramientas que hablan de un pasado a punto de perderse sería una forma de dar vida a los pueblos. De hacerlos más atractivos y vivibles.

- Decir se dice bien, señor, pero una cosa es predicar y otra dar trigo.
- Ya sé que es fácil hablar, Sancho puñetero, pero por ahí empieza toda aventura. ¿No nos hemos pasado la vida hablando tú y yo, Sancho infiel, más duro que el pedernal?
- Hablar, hemos hablado, señor, de tantas cosas...

Noviembre. Días espléndidos, mientras luce el sol. Antes de que comience la helada. Desde el puente del ferrocarril, entre Castrillo y Valderrey, la Vega se va sumiendo en las brumas nocturnas. Ensimismada. Al otro lado humea algún tejado remoto de La Sequeda.